

Puntos de Referencia

EDICIÓN DIGITAL
N° 537, junio 2020

El momento político mayo 2020: Crisis social y pandemia

Enrique Correa / Patricio Navia

Dos cambios, del cielo a la tierra

Enrique Correa

Digámoslo así, éste, con todo, fue un país predecible por décadas, la crisis asiática lo hizo temblar con temblores que venían de afuera y con temblores propios, el movimiento estudiantil del 2012 lo encendió, pero el sistema político y la economía demostraron su capacidad para digerir, bien o mal, pero digerir, procesar, incorporar a su metabolismo esas crisis y sus consecuencias. Con todo, Chile y sus fundamentales permanecieron sólidos.

Reconozcamos que lo que nos ha pasado ahora no sólo fue sorpresivo, sino inesperables días antes que ocurriera, el 18 de octubre el país se conmovió, mucho de lo vivido y de lo construido quedó atrás. La agenda sufrió duros cambios y las instituciones, incluida la Presidencia, cuya reputación

.....
Enrique Correa. Presidente de Imaginacion Consultores.

Patricio Navia. Cientista político y profesor de la Universidad Diego Portales y de la Universidad de Nueva York.

Presentaciones de Enrique Correa y Patricio Navia en el Momento Político del CEP el 5 de mayo de 2020

y legitimidad ya venía a la baja, llegaron al borde del colapso.

Las demandas sociales, todas las imaginables, muchas de ellas justas y otras urgentes desafiaron la fortaleza de las instituciones y la economía.

Estas sufrieron daño, pero resistieron.

La propia estabilidad del Presidente estuvo en peligro y un acuerdo político trascendente lo salvó del riesgo y con ello salvó del riesgo a todo el país.

La economía resistió, el sistema político resistió, pero el país ingresó a un área, a una zona de fragilidad de la que no teníamos recuerdos. Ahora, de nuevo todo cambió. Si octubre nos cambió el país, marzo lo cambió de nuevo.

La presión social y la violencia fueron reemplazadas por un virus que se levanta ante nosotros como una amenaza fantasma.

El virus trajo consigo dos cambios esenciales en el escenario, el sentido común de la gente común pasó de la rabia y el malestar al miedo, el miedo a la muerte, a la propia y a la de los cercanos.

Donde había desprecio y menoscabo a las elites, hoy todos miran a la autoridad, quieren creerle, desean que tenga la razón, que nos salve, que nos proteja.

Todo esto es, naturalmente, transitorio, lo que venga después es impredecible.

Si el miedo es nuestra música de fondo y oír a la autoridad nuestro impulso principal, la responsabilidad que recae sobre el gobierno es inmensa.

Cierto es que el Presidente y el gobierno salieron del foso de la impopularidad y hoy manejan respaldos en torno al 20, al 25%, nada para festejar, pero sí un gran alivio. Mientras el gobierno recupera apoyo, probablemente y en primer lugar de los suyos, la oposición no levanta cabeza, subsidiando las nuevas fortalezas adquiridas por el gobierno. Sin embargo, ese respaldo, puede diluirse si el gobierno no ofrece certezas, mensajes claros, no contradictorios. Si ejerce su mando con mandatos breves, precisos, alcanzables sin perderse en un bosque de palabras, de órdenes y contraórdenes. La sobriedad en tiempos de crisis es un atributo de la obligación de Estado, cuando conduce el país en medio de tempestades.

Por eso no se entiende bien que en lugar de concentrarse en lo principal, la crisis sanitaria y sus consecuencias en la vida de la gente, el gobierno se hace daño a sí mismo con a lo menos dos polémicas que lo complican.

Una es el llamado prematuro a la nueva normalidad, ahora retorno seguro, antes que estemos seguros de haber llegado al peak de contagios. Nadie duda que tendremos que convivir y hacer convivir epidemia con actividad, pero lo que es indiscutible es que sólo podemos hacerlo cuando sepamos con claridad qué terreno pisamos y todavía no lo sabemos bien. El aumento de contagiados ha vuelto a Santiago, la zona con mayor propagación. Se aleja la meseta y desafía a nuestro sistema hospitalario a una exigencia mayor.

Es probable, no lo sabemos, que vayamos camino a un peak más alto y es probable también que con todas las medidas tomadas por la autoridad, nuestro sistema hospitalario resista. Eso estaría muy bien, eso es lo que llamamos peak de contagiados y peak de hospitalizados semanas después. Allí podremos despegar el retorno cuidadoso a una actividad mayor. El discurso tendría que ser de cautela, respeto por las normas, sin agregar, antes de tiempo, anuncios y planes de normalización prematuros.

Además, este es un tema que puede introducir una dicotomía que nos hace daño y podría dañarnos en el largo plazo, la dicotomía entre salud y economía, entre vida humana y actividad productiva.

No creo que sea correcto decir estamos ante una crisis bifronte. Sanitaria por un lado y económica por otro. Este es un error conceptual. Estamos frente a una crisis sanitaria ocasionada por un virus peligroso y letal, las medidas para contenerlo tienen y tendrán consecuencias económicas muy graves.

Tendremos recesión, la estamos teniendo. El Banco Central la ha proyectado en un rango entre 2.5 y 3.5, pero ha dicho, además, lo ha ratificado Rodrigo Vergara en una entrevista del fin de semana, que así como caemos nos podremos recuperar con rapidez, especialmente en el 2021. Siempre y cuando nos concentremos en contener la epidemia, sin distraernos, de manera que tengamos la situación bajo control relativo en el primer semestre del año. Teniendo en cuenta que este segundo trimestre será el peor.

Si no perdemos la paciencia y no nos dejamos llevar por la ansiedad podemos contener la pandemia en plazos razonables e iniciar una recuperación importante.

Mientras la actividad esté obligada a una supervivencia mínima el rol principal es del Estado. Por la vía de paquetes fiscales, dos hasta el momento, y

podieran ser más. Nuestras finanzas públicas pueden hacerlo, nuestra economía puede resistir. Si superponemos el objetivo sanitario con el económico y nos apresuramos, podemos no contener la pandemia e iniciar con retardo nuestra recuperación.

Un segundo debate o problema negativo para el gobierno, auto infringido, fue la idea de postergar el plebiscito. En política, como en casi todos los terrenos, las cosas se deshacen como se hacen, por ello fue imprudente levantar el tema sin consultas con los otros concurrentes al acuerdo.

El plebiscito no es un acto electoral aislado, es parte de un conjunto de acuerdos que pusieron un dique al debilitamiento presidencial y fijaron un curso institucional para aprobar o rechazar la idea de una nueva constitución. Fue un acuerdo de envergadura, de esos que no se dan a cada rato. Naturalmente revisarlo fue una mala idea y las encuestas que conocemos demuestran que no le gustó a la mayoría, ni siquiera a la propia coalición de gobierno. El gobierno dio un paso atrás y se acabó el tema.

Otra cosa sería si a la altura del plebiscito o en sus cercanías, el virus estuviera fuera de control, no pareciera que vaya a ser así.

Los pronósticos de alta abstención o de grandes dificultades económicas no son, en un país respetable, razón para postergar un acto electoral.

Ni siquiera Pinochet postergó el plebiscito de 1988.

Por tanto, la recomendación principal es no agregar temas anexos, sino concentrarnos en poner bajo control un virus que conocemos poco.

Dos consideraciones más sobre los temas anteriores.

El vaivén y la gente. No sabemos cuánto y cómo han afectado tantos abruptos cambios, el estado de ánimo de la gente común. Algo debe ocurrir cuando se pierde la certidumbre. Entre octubre y marzo, esa pérdida de certidumbre se compensaba

con grados altos de esperanza en que íbamos a un país mejor.

La incertidumbre ahora es no saber si sobreviviremos y después si nos recuperaremos.

Incertidumbre ahora y dudas después. Algo debe pasar en el alma de la gente común con tantos cambios. De allí la importancia de los alcaldes que tienen oído cercano al sentimiento de la gente. Vale la pena no polemizar con ellos, sino escucharlos.

Una segunda consideración, pase lo que pase, saldremos de esta crisis más pobres y con más pobres. Ese será nuestro desafío global, la pobreza, pero será muy significativo el retorno a la pobreza, de muchos que alcanzaron en estas décadas, el tramo inferior de la clase media y que retornarán ahora a la pobreza que pensaron habían abandonado para siempre. Este fenómeno tendrá particulares repercusiones.

¿Hacia dónde vamos? Hacia una estabilidad más cara, probablemente en el largo plazo a un estado de bienestar que pueda convivir con una economía de mercado sólida y una institucionalidad económica solvente.

Dos asuntos muy impopulares.

El respaldo fiscal a las empresas, si bien debe salvar del abismo a las pymes, no debe excluir a empresas grandes. El colapso de una gran empresa puede tener efectos sistémicos. Ello no será gratis y estas empresas tendrán que llegar a compromisos fuertes con el Estado. En Alemania, la Canciller impuso un acuerdo con Lufthansa que le dará participación al Estado en su propiedad. No digo que en Chile las cosas vayan a ser necesariamente así, pero las garantías que las empresas tendrán que dar al Estado serán muy grandes. A futuro tanta intervención del Estado probablemente redunde en nuevas regulaciones, en un país sobre regulado como el nuestro.

El segundo tema impopular, los bancos. Tienen garantías del estado para respaldar con líneas de créditos a las empresas.

El gobierno, los parlamentarios, los deudores, las empresas en crisis le exigen al sistema bancario cumplir su cometido.

Todo eso está bien, pero uno de los fundamentos de nuestra estabilidad es un sistema financiero sólido. Esa es la diferencia de la crisis del 82 con la actual. Esa vez el sistema financiero se desplomó y la recuperación fue larga y difícil.

Ahora la crisis es en la economía real y se requiere de la actividad del Estado y de los bancos, pero sin matar la gallina de los huevos de oro.

La situación de la oposición es compleja y no se agota en una sola frase.

La oposición no ha bloqueado los proyectos de emergencia claves del gobierno. Más bien existe un círculo virtuoso entre el Ministro de Hacienda, el presidente del Banco Central y los integrantes de la comisión de hacienda del Senado. Sin embargo, la oposición carece de un proyecto y de liderazgos como el que dieron vida a sus grandes gobiernos. ¿Podrá revertirlo? No queda mucho tiempo.

Un tercer fenómeno, proliferan proyectos de ley o intenciones de ley que buscan dar respuestas rápidas a problemas urgentes, pero respuestas que no son sustentables en el tiempo.

Una palabra final, sin descuidar las urgencias, sería muy negativo que termináramos este periodo presidencial sin reformar las pensiones. Un punto clave, no el único, pero clave en el estallido social, fueron las bajas pensiones. Se ha estado cerca de un acuerdo, lo mejor es seguir buscándolo. La salud ahora más que nunca y las pensiones son el punto más débil de la vida diaria de la mayoría de los chilenos.

La pandemia social y económica después del coronavirus

Patricio Navia

Los meses que se vienen por delante serán especialmente complicados para Chile. Como si la incertidumbre asociada al proceso constituyente no fuera lo suficientemente dañina para la economía, las consecuencias que tendrá la respuesta de salud pública que ha tomado el gobierno para combatir la pandemia harán que el país entre en una crisis económica sin precedente en la memoria de la gran mayoría de los chilenos. Por eso, si el estallido social de octubre de 2019 se produjo porque los chilenos demandaban llegar pronto a la tierra prometida del desarrollo y la estabilidad, el desierto de la crisis económica por la que empezaremos a atravesar cuando se aleje el fantasma de la pandemia nos hará sentir nostalgia por los problemas que hicieron gatillar el estallido social de octubre de 2019. Como si hubiésemos necesitado aprender una lección por exigir mejoras sustanciales cuando el país estaba pasando por un momento de crecimiento y estabilidad, ahora tendremos una crisis que nos hará añorar las condiciones por las que tanto reclamábamos en septiembre y octubre de 2019.

Como una pareja que se está divorciando y le avisan que uno hijo tiene cáncer

El estallido social de octubre produjo un quiebre en los equilibrios políticos que habían existido desde el retorno a la democracia en 1990. Si la legitimidad del modelo económico se sustentaba en la mezcla de políticas que promovían el crecimiento y la reducción de la pobreza, el estallido de octubre de 2019 puso sobre la mesa —de forma mucho más nítida y clara— la demanda por reducir la desigualdad y emparejar la cancha de las oportunidades.

Los chilenos no negaban que el modelo había permitido producir riqueza. El gran reclamo de la calle era que esta riqueza no estaba bien distribuida. Si bien es innegable que la pobreza disminuyó radicalmente entre 1990 y 2019, y también es innegable que disminuyó la desigualdad, las demandas de los chilenos y las expectativas también experimentaron un *upgrade*. Precisamente porque al país le había ido bien, la gente demandaba entrar a la fiesta. Para no adentrarnos en el ya extenso debate sobre qué produjo el estallido social, basta con decir que, entre los países con similar nivel de desarrollo, Chile tiene la tasa más alta de desigualdad. Por eso, el estallido social fue una demanda desordenada y sin liderazgo claro, pero con un mensaje simple y claro. La gente quería entrar a la fiesta y recibir una tajada más grande de la torta.

La forma en que eventualmente se aterrizó y materializó esa demanda fue, a mi juicio, equivocada y dañina para el país. Los chilenos demandaban expansión de derechos —mejores pensiones, mejor salud, mejores sueldos, mejores servicios, fin a las colusiones empresariales y al abuso a los consumidores. Pero la respuesta de la clase política fue ofrecer una nueva constitución. En vez de repartir mejor la torta, la clase política —con la venia de la clase empresarial— ofrecieron la oportunidad de diseñar una nueva torta. Los costos de ese error —como explicaré más adelante— los tendremos que pagar en términos de incertidumbre política y estancamiento económico por varios años después de que haya pasado la pandemia e incluso después de que haya concluido el proceso constituyente.

El ofrecimiento de la elite política para calmar el estallido no tuvo éxito. Aunque se inició el proceso constituyente —la campaña para el plebiscito constitucional de entrada originalmente programado para el 26 de abril de 2020 había empezado a fines de febrero— la violencia en las calles no amainó. Es más, un sector importante de los partidos de iz-

quierda parecía más interesado en lograr la renuncia del Presidente Sebastián Piñera que en comenzar a la paz después de la impresionante victoria política de haber logrado imponer el fin de la constitución de 1980. No debemos olvidar que, a comienzos de marzo de 2020, el debate público estaba centrado en qué tanta fuerza tendría el movimiento social y las marchas callejeras en las semanas anteriores al plebiscito. Incluso, en la marcha del día de la mujer del 8 de marzo, el mensaje de la calle —o al menos de los movilizadores— parecía claro: la movilización no se termina ni con el plebiscito ni mucho menos con el “cuento” de la amenaza del coronavirus.

Pero resultó que la amenaza del coronavirus no era ningún cuento y, lo que no pudo hacer el *Acuerdo político por la paz social y la nueva constitución* lo logró con brutal efectividad la pandemia. Las calles se vaciaron, Plaza Italia quedó vacía y las prioridades de la gente pronto cambiaron radicalmente. Por eso, la metáfora que mejor describe lo que pasó es la de una pareja que estaba a punto de divorciarse, pero de pronto le avisan que uno de sus hijos tiene cáncer. La terrible noticia hace inevitable posponer los trámites del divorcio. Hay prioridades más importantes. La metáfora funciona a la perfección cuando pensamos en la reacción que tuvo el país ante la declaración de un Estado de Catástrofe y, sobre todo, cuando se decidió posponer el plebiscito de entrada desde el 26 de abril hasta el 25 de octubre. No es que los chilenos ya no quieran divorciarse de la constitución de 1980 —o del propio Presidente Piñera, es solo que nadie está pensando en eso ahora porque acaban de avisar que un hijo tiene cáncer.

Por cierto, dependiendo de qué tan larga sea la agonía de la pandemia en Chile —si se extiende más allá del invierno, por ejemplo— nadie discutirá lo que entonces parecerá obvio, volver a retrasar el plebiscito de entrada para cuando el problema más urgente e inmediato —el hijo con cáncer— haya dejado de ser una preocupación.

Respuesta del gobierno y capacidad del Estado

Hoy sobran los expertos en epidemiología y salud pública. La gente habla del Covid-19 con la misma infundada certeza con la que dan recomendaciones sobre la mejor formación de la selección nacional de fútbol. Aunque muchos científicos dicen que no tenemos los datos necesarios o suficientes para hacer mejores proyecciones, los datos se han convertido en las nuevas piedras de la batalla política en Chile. Los opositores al gobierno usan los datos que más les convienen para denunciar lo que entienden como la irresponsabilidad, falta de profesionalismo y la despreocupación del gobierno por el bienestar de los chilenos. La falsa dicotomía entre proteger la vida y proteger la economía refleja la obsesión de muchos opositores al gobierno de demostrar que este es el peor gobierno de la historia. Después de pasarse meses gritando que Piñera es asesino, igual que Pinochet, muchos opositores al gobierno parecen querer que la pandemia logre lo que ellos no pudieron lograr, la salida anticipada de Piñera de la presidencia.

A su vez, los partidarios del gobierno usan otras cifras para mostrar que Chile tiene una menor tasa de mortalidad que los países vecinos, que estamos realizando más tests, que hemos podido implementar cuarentenas parciales de forma razonable —después de todo, en el Perú, que están con cuarentena nacional desde mediados de marzo, la tasa de muertes es superior a la de Chile— y que, buscando cuidar la vida de las personas, el gobierno no se ha olvidado de la necesidad de que haya una economía que funcione cuando la amenaza del coronavirus ya comience la retirada.

Una lectura que vaya más allá de los números permite hacer una distinción entre la respuesta del gobierno y la capacidad del Estado. Los gobiernos pueden responder bien o mal. Los casos de Martín Vizcarra en el Perú y de Jair Bolsonaro en Brasil son ejemplificadores de buenas y malas respuestas gubernamentales.

Pero una buena respuesta del gobierno no basta. Se necesita también capacidad estatal. Lo que dice el gobierno debe ser también llevado a la realidad de la calle con celeridad. La capacidad estatal para convertir en realidad los anuncios de los gobiernos varían sustancialmente de país en país. Chile, afortunadamente, tiene una buena capacidad estatal para estándares latinoamericanos.

Junto a Uruguay y en menor medida Argentina (cuya capacidad estatal se ha visto mermada en décadas recientes por las crisis económicas) y Colombia (cuya capacidad estatal se fortaleció en torno a las fuerzas armadas producto de varias décadas de guerra civil), Chile tiene suficiente capacidad estatal para que los anuncios que hace el gobierno se concreten en realidades concretas en las calles. En ese sentido, lo de Jair Bolsonaro en Brasil resulta especialmente incomprensible. Dado que Brasil tiene más capacidad estatal que muchos de los países de la región —aunque buena parte de esa capacidad también está asociada a las fuerzas armadas— el cuestionado liderazgo del Presidente Bolsonaro frente a la pandemia ha desperdiciado buena parte de la capacidad estatal que ya quisieran tener los gobiernos de Perú y otros países de la región.

Es verdad que la capacidad estatal no siempre da el ancho o es lo suficientemente rápida. El anuncio del Presidente Piñera sobre las cajas de mercadería que se repartirían a los chilenos más necesitados es un ejemplo claro de las limitaciones de la capacidad de nuestro Estado. Pero respecto a nuestros vecinos, Chile tiene una sólida capacidad estatal. Eso sin duda ayudará en combatir el virus. Se necesita, por cierto, colaboración de la población —y por eso los programas de ayuda económica son tan importantes para lograr que más gente se quede en casa y así frenar el avance de la pandemia. Pero la capacidad estatal es clave para ayudar —y si es necesario, empujar— a la gente a respetar las ordenanzas de la política de salud pública.

¿Qué nos espera para después de la pandemia?

Como la pareja que se iba a divorciar y le avisaron que un hijo tenía cáncer, los problemas políticos y sociales de Chile no han desaparecido. Solo han sido opacados por amenazas más urgentes. Pero, eventualmente, Chile tendrá que enfrentarse al proceso político que se acordó como respuesta al estallido social de octubre de 2019. Aunque se vuelva a retrasar, eventualmente tendremos un plebiscito de entrada para que los chilenos decidan si quieren iniciar un proceso constituyente.

Desde mi perspectiva, porque los chilenos equivocadamente ven a la nueva constitución como la respuesta a sus demandas por ampliación de derechos sociales —la nueva constitución va a terminar con las AFP, para decirlo en algo simple y concreto— parece inevitable que habrá una mayoría votando a favor del proceso constituyente. Probablemente esa mayoría sea menos abrumadora de lo que hoy dicen las encuestas. Pero, como la gente cree que una nueva constitución va a ampliar sus derechos, terminarán votando a favor de un proceso constituyente.

Eventualmente, la gente se dará cuenta que sus expectativas eran infundadas. Pero antes de que eso ocurra, tendremos un periodo de al menos dos años caracterizados por la polarización y la incertidumbre. Después del plebiscito del 25 de octubre, tendremos elecciones primarias para alcaldes y gobernadores a fines de noviembre —como muestra el cuadro adjunto. El 11 de abril tendremos las elecciones municipales y de gobernadores junto a la elección de la convención constituyente. El 4 de julio tendremos las elecciones primarias presidenciales. En noviembre tendremos las elecciones presidenciales. El nuevo gobierno asumirá el 11 de marzo de 2022.

A la par del proceso electoral, la convención constituyente estará redactando una nueva constitución. Cuando los candidatos estén en campaña para las primarias presidenciales, la convención constituyen-

te probablemente se hará eco de lo que prometan los candidatos a sus polarizadas audiencias partidarias. Luego, cuando se inicie la campaña presidencial en agosto de 2021, los miembros de la convención constituyente estarán bajo la presión de redactar un nuevo texto mientras el país atraviesa por temporada de desmesuradas promesas de campaña. Si bien redactar una nueva constitución siempre es difícil, el peor momento para hacerlo es cuando el país está en plena campaña electoral.

Si bien muchos aspiran a que los miembros de la convención constituyente sean ciudadanos virtuosos que busquen construir un contrato social estable y justo, el hecho que la convención constituyente sea electa de forma concurrente a elecciones municipales, de concejales y de gobernadores regionales presenta desafíos adicionales. En la mayoría de las comunas, los votos tendrán en torno a 100 de candidatos para todas las elecciones. El reconocimiento de nombre será clave. Como la gente conoce a los alcaldes —y mucho más ahora, que han brillado en la crisis del Covid— esa elección tomara preponderancia por sobre las otras. Ser familiar o protegido de un alcalde popular ayudará a ganar votos para ser electo a la convención constituyente.

Como se usará el mismo sistema electoral que para escoger a los miembros de la Cámara de Diputados y como habrá paridad de género, los partidos necesitarán al menos dos cupos en cada distrito. Eso hará mucho más difícil la formación de coaliciones multipartidistas, lo que repercutirá en un aumento de candidatos. Los más de 10 partidos de izquierda que existen en el país necesitarán 20 cupos (paridad de género), lo que los obligará a ir en varias listas. Al ser menos partidos, las agrupaciones de derecha podrán en teoría formar una sola lista. Eso les debiera dar ventajas en la asignación de escaños que, al igual que en las elecciones legislativas y de concejales, se realiza a través del método D'Hondt. Así, podríamos terminar con una convención constituyente donde

la primera mayoría relativa esté en manos de la derecha y donde la mayoría de los miembros haya logrado un escaño producto de su cercanía con candidatos populares a alcaldes —y no necesariamente por sus habilidades para negociar o para diseñar un contrato social más justo y estable para el país. (Por cierto, estos y otros argumentos sobre los riesgos y problemas de diseño que tiene el proceso constituyente los desarrollo más en un libro editado que acabo de publicar: *El arcoíris del rechazo*, Ediciones EL Libero, 2020).

de esa lectura y ofrecer una lectura alternativa. Precisamente porque se requieren grandes acuerdos, el escenario más probable en la convención constituyente será lo que en el congreso estadounidense se conoce como un ómnibus bill. Para lograr suficiente apoyo, esos proyectos le entregan algo a cada legislador a cambio de su apoyo. Así, esas leyes terminan siendo como los ekekos, esas deidades altioplánicas de la abundancia que van cargados con múltiples bolsas y todo tipo de productos alimenticios.

Así, por ejemplo, la nueva constitución incorporará un capítulo que asegure un banco central independiente, pero en el capítulo de derechos, se establecerá que la economía debe estar al servicio del bienestar de los chilenos y no al revés. La constitución declarará que la propiedad minera es de todos los chilenos, pero también dirá que se respetan los contratos que ya existen y que habrá un mecanismo que proteja la inversión extranjera. Otro artículo afirmará la protección del medioambiente y de las comunidades originarias por sobre la explotación minera. La constitución será tan contradictoria que obligará a judicializar las diferentes interpretaciones. Por eso, la incertidumbre no reinará solo durante el proceso

Fecha	Calendario electoral	Calendario constituyente
Octubre 25, 2020		Plebiscito
Noviembre 29, 2020	Primarias alcaldes y gobernadores	
Abril 11, 2021	Elecciones municipales y gobernadores regionales	Elecciones convención constituyente
Mayo 2, 2021	Segunda Vuelta elecciones gobernadores	
Mayo, 2021		Inicio convención constituyente
Julio 4, 2021	Primarias presidenciales y legislativas	
Noviembre 21, 2021	Elecciones presidenciales y legislativas	
Diciembre 19, 2021	Segunda vuelta elección presidencial	
Febrero 2022		Se cumple plazo de 9 meses
Marzo 11, 2022	Asumen nuevo gobierno y congreso	
Mayo 2022		Plazo final de 12 meses
Junio 2022		Plebiscito de salida (nueva constitución)
Julio 2022	Entra en vigencia nueva constitución (y se judicializa todo)	

Una constitución ekeko

Hay muchos que están esperanzados en que la condición de mayoría de dos tercios puesta en el acuerdo por la paz social y la nueva constitución. Aunque hay discrepancias sobre cómo se hará valer dicha condición, esos optimistas sugieren que, al existir un requisito tan alto para lograr acuerdos, la nueva constitución será minimalista. Me permito discrepar

constituyente. Una vez promulgada la constitución ekeko, seguirá reinando la incertidumbre.

¿Luz al final del túnel?

Si mi lectura de lo que se viene parece pesimista, respondo que afortunadamente tenemos a Karl Marx. En sus discusiones sobre la revolución, Marx argumenta que la clase media —la pequeña bur-

guesía— se suma con entusiasmo a la revolución al comienzo del estallido social pero que luego termina abandonando al proletariado. Mientras el proletariado no tiene nada que perder salvo sus cadenas, la clase media sí tiene cosas que perder. Ese temor a perder lo conquistado, lleva a la clase media a dar su apoyo a la reacción conservadora que se levanta como respuesta a la revolución. Cuando la clase media abandona al proletariado, la revolución pierde fuerza. En mi lectura, algo similar terminará ocurriendo en Chile. Es más, la pandemia puede terminar acelerando ese proceso.

La clase media se sumó con fuerza al estallido social. Después de todo, la clase media siente con más fuerza el abuso y sufre con especial rigor la injusticia de una cancha dispareja. Al estar tan cerca de la tierra prometida —y ver que en ella fluye leche y miel— la clase media siente mayor ansiedad. Pero la clase media también tiene recuerdos demasiado nítidos de la pobreza que todavía los acecha —y mucho más cuando hay crisis económica. La clase media no quiere una nueva receta para hacer una torta. La clase media quiere que la torta que ya está hecha se reparta mejor. La crisis económica que ya está llegando producto de las políticas de salud pública

implementadas para combatir la pandemia golpearán especialmente fuerte a esa clase media que verá que la tierra prometida se aleja y el fantasma de la pobreza acecha. Esa clase media no quiere esperar dos años para tener respuesta a sus demandas, protección ante sus temores y ayuda para alcanzar sus sueños. Esa clase media quiere soluciones concretas y directas.

Las elecciones presidenciales de 2021 serán el momento en que esa clase media hará sentir su voz. La demanda por un líder que defienda el modelo social de mercado estará ahí. Esto no significa que la oferta apropiada esté. Eso dependerá de las decisiones, estrategias y tácticas de los distintos actores políticos. Pero, la salida a la crisis que se viene está en entender y representar a esa clase media, sus sueños y sus temores. Si esa clase media soñó con un país mejor, sin abusos y con más oportunidades en octubre de 2019, producto de la pandemia, esa clase media ahora está atemorizada porque siente que tiene cosas que perder y que la amenaza de perderlas es muy inmediata. La crisis económica que se viene después del coronavirus es la oportunidad que tiene Chile para enmendar los errores cometidos en la respuesta al estallido social de octubre de 2019. **PdR**